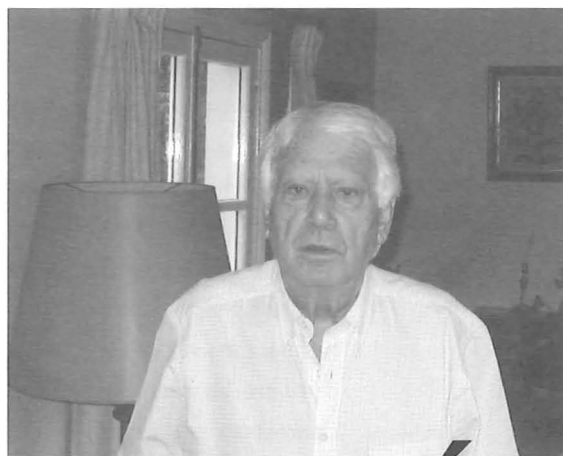


«La libertad y la diversidad  
se encuentran en la  
base de la identidad europea»



# Jorge Semprún

Entrevista realizada  
por Jordi Canal  
(EHESS, París)

*Jorge Semprún (Madrid, 1923) es uno de los escritores e intelectuales más importantes del panorama europeo actual. Aunque nacido en la capital de España, ha pasado buena parte de su vida en París, en donde sigue residiendo. El exilio de su familia, en 1939, le condujo a Francia. Allí continuó sus estudios y se sumó a la resistencia contra la ocupación nazi. Por ello fue detenido y deportado al campo de concentración de Buchenwald, una experiencia que ha relatado en varios de sus libros. Militó en el Partido Comunista español y llegó a convertirse en uno de sus dirigentes, llevando a cabo una importante labor clandestina en la España franquista, hasta ser expulsado de esta formación en 1964. La Autobiografía de Federico Sánchez, que vio la luz en 1977, trata precisamente de esta etapa y de las vicisitudes que propiciaron su salida de la iglesia comunista. Este libro fue escrito en español, lo que constituye una excepción –no única, bien es cierto– en la obra de Jorge Semprún. La mayoría de sus textos han sido redactados en francés. Entre sus libros destacan los siguientes, por orden cronológico y citados según el título español: El largo viaje, La segunda muerte de Ramón Mercader, Autobiografía de Federico Sánchez, La algarabía, Montand, la vida continúa, La montaña blanca, Netchaiev ha vuelto, Aquel domingo, Federico Sánchez se despide de ustedes, La escritura o la vida, Adiós, luz de veranos..., Viviré con su nombre, morirá con el mío y Veinte años y un día. Este último, una novela escrita en español, fue publicado en 2003 y ha recibido, en 2004, el Premio José Manuel Lara. Recientemente ha llegado a los escenarios de distintas ciudades europeas su pieza de teatro Gurs. Una tragedia europea, una obra en la que se combinan varias lenguas. A partir de la década de 1960, Semprún trabajó también en el mundo del cine, colaborando con directores como Alain Resnais –La guerre est finie– y Costa Gavras –Z–. Fue ministro de Cultura en uno de los gobiernos socialistas presididos por Felipe González, entre 1988 y 1991. La obra y la actuación pública de Jorge Semprún han estado siempre marcadas por un abierto compromiso europeísta, con la libertad y con la diversidad. Esta conversación, en la que se trata de Europa, de la identidad europea y de algunas cosas más, tuvo lugar en París el miércoles 15 de septiembre de 2004.*

*J. C.: Vivimos en la actualidad un momento plagado de paradojas y contradicciones. Se ha avanzado en el terreno de la ampliación hacia el este de Europa y se ha elaborado un proyecto de Constitución, dos pasos fundamentales en la construcción europea, pero al mismo tiempo parece que la confianza en Europa y la capacidad de pensar en términos europeos se debilita, imponiéndose las voluntades partidistas y primando de nuevo los intereses locales, regionales y nacionales por encima de los europeos.*

**J. S.: Yo pienso** que uno de los rasgos principales del momento actual es precisamente esta contradicción. La ampliación y el proyecto de tratado constitucional son signos de avance en la construcción europea. La reintegración a Europa de diez países nuevos de la vieja Europa, separados de la Europa occidental por el totalitarismo soviético, es un dato positivo. El proyecto de tratado es un trabajo largo y serio. Pero, ahora, de repente —y esa es la contradicción—, en algunos países europeos, aunque no en todos, el hecho mismo de que se haya llegado a este punto de no retorno, casi irreversible, provoca que algunos sectores y personas influyentes —sobre todo políticos— adopten posiciones que nunca habían tenido. En Francia tenemos el caso de Laurent Fabius, un dirigente que puede ser considerado europeísta, favorable a la construcción de Europa, pero que pasa ahora a alinearse —incluso con el riesgo que entraña su posición, en el sentido de poner en peligro la hegemonía que su partido, el Partido Socialista Francés, estaba reconquistando en los últimos meses, intentando restablecer una situación mermada por las últimas elecciones presidenciales— con los soberanistas. Alguna vez sus partidarios han comentado que no quieren volver a votar como Chirac, pero para ello van a votar como De Villiers o como Le Pen. Es como si existiera un temor a una presión populista-so-

beranista. Y, ante ello, se cede —está claro, los cálculos políticos personales pueden ser también múltiples—. Lo nacional se sobrepone. El caso de Francia es muy típico en este sentido. Podríamos hablar asimismo de otros países. Así pues, hoy, este tratado constitucional no es seguro que pueda ser aprobado en los veinticinco países. Este es un fenómeno típico de este momento concreto de la construcción europea. Ante la Europa que ahora se perfila realmente, la Europa a veinticinco, múltiple, con una identidad ya no sólo geográfica sino también cultural y política, parece que algunos de los personajes políticos más importantes capitulan o se retraen. Eso subraya de paso un aspecto importante de la vida política actual: el déficit de personajes, de políticos verdaderamente europeos.

*Estas contradicciones que señalas me recuerdan, en cierto modo, las que se vivieron en España en torno a 1978, cuando debía ser aprobada la Constitución española y algunos grupos y partidos —pienso en Alianza Popular o en el Partido Nacionalista Vasco— ponían los intereses partidistas por encima de lo que significaba avanzar en una construcción democrática.*

■ **Hay, ciertamente**, elementos de comparación. A muchos niveles. Uno de los argumentos que se lanzan contra el proyecto de tratado constitucional es el del mercado: la Europa que se propone es una Europa liberal, en la que prima por encima de todo la competencia y el mercado, y, en cambio, esos críticos desearían una llamada Europa social. Es una cuestión que también en el caso español se dio, con la adopción de la economía social de mercado, que se recoge en el proyecto constitucional. Pero este es un tema que ya está zanjado por los hechos desde hace mucho tiempo. Hace mucho tiempo que está claro que no se puede construir —y así se ha hecho en la Constitución europea, en el sentido económico— sin tener en cuenta el



*Europa es el mundo de la libertad de mercado y de la libertad de pensamiento.*

papel que el mercado y la competencia desempeñan. Y eso no significa que quiénes lo propongan sean neoliberales, ni mucho menos. Hay rasgos comunes, así pues, en estas discusiones. El modelo de Europa que se propone en el proyecto constitucional no es perfecto, pero se confía en que la continuidad y el dinamismo europeo van a permitir corregir cosas en el futuro. Pero se trata de una base suficiente. En el caso de la Constitución española ocurrió lo mismo. El Estado de las autonomías era una solución y a la vez estaba abierto. Ahí vemos una serie de problemas abiertos, que ahora, en esta legislatura, van a abordarse de verdad. Habrá solución o no, eso ya lo veremos. Pero, en todo caso, me parece que este paralelismo puede utilizarse en contra de los que dicen no a la Constitución europea: la Constitución española no era perfecta, pero ha permitido una base de convivencia para que una España democrática pueda existir de nuevo.

*En los últimos meses se ha discutido bastante, en los ambientes políticos e intelectuales, sobre si Turquía puede o no tener un lugar en la futura Europa. ¿Cuál es tu posición al respecto?*

■ **Para afrontar** esta cuestión hay un problema previo que debemos resolver: ¿cómo definimos Europa y la identidad europea? ¿sólo desde el punto de vista geográfico o desde un punto de vista que sea geográfico, político, cultural o incluso espiritual? Sin llegar a ser tajante como Husserl, que decía que Europa era una figura espiritual, yo diría –de forma algo simplificadora– que Europa es el mundo de la libertad de mercado y de la libertad de pensamiento. Ese núcleo de valores económico-culturales están en la base de lo europeo. Pero, ¿podemos definir Europa solamente desde un punto de vista geográfico? Los límites son muy complejos. Tras tantos años de totalitarismo en la antigua Unión Soviética y en la crisis actual de la reconstrucción de la demo-

cracia, nada fácil, en Rusia, ¿podemos considerar europeo este país o no? Podemos leer a Dostoievsky, claro, pero este no es un criterio geográfico. De Gaulle habló de una Europa desde el Atlántico al Ural. En el caso de Turquía, si utilizamos el criterio geográfico diríamos que no es europea, ya que la parte europea de Turquía es mínima. Ahora bien, si tenemos en cuenta que a veces es necesario transgredir la identidad puramente geográfica para pensar en una identidad político-cultural, entonces Europa tiene interés –en todos los sentidos, desde el económico al cultural e ideológico– en atraer, en fortalecer y amarrar los lazos con este país, que está geográficamente más en Asia que en Europa, que culturalmente está en ambas partes, y que, desde el punto de vista político, la misma perspectiva de integración europea ha contribuido a empezar a transformar su vida política y la organización interna. Y todo esto en un momento en el que se plantea, con o sin terrorismo, el tema del Islam. ¿No sería interesante, así pues, intentar amarrar este país a Europa y crear un proceso de integración, aunque sea con las precauciones, límites, controles y barreras que sean, tanto económicos como sobre todo políticos y culturales? No deberíamos cerrar la puerta a esta posibilidad. No digo que hoy pueda ya decirse en tal o tal fecha. El proceso debe ser evidentemente específico. Para ello debemos tener una idea de Europa no exclusivamente geográfica, o económica, o simplemente cultural, en un sentido estrecho. Si la identidad de Europa es su diversidad, puede haber también una diversidad turca. Es el único país en el que ha tenido lugar una revolución, la kemalista, que ciertamente puede criticarse y que no es perfecta, contra los aspectos más reaccionarios del mundo musulmán.

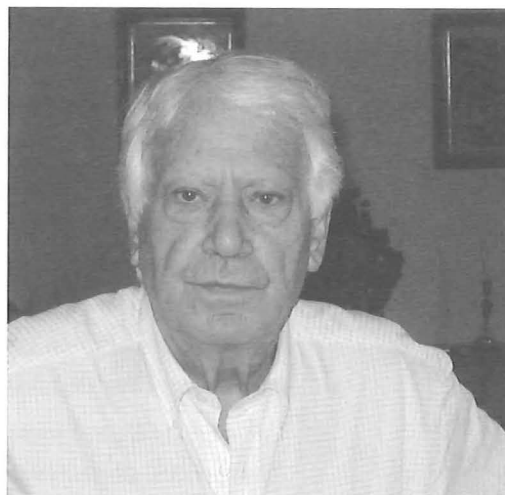
*Otro aspecto que se ha debatido es el de la mención en el proyecto constitucional de las raíces cristianas de Europa...*

■ **Si hacemos** un estudio histórico o un ensayo, nadie puede negar el papel que ha desarrollado el cristianismo en Europa. Pero no estamos haciendo eso, en la línea de los libros escritos por Ortega o Del Corral. Se está elaborando un tratado constitucional. Y, además, si mencionamos los aportes del cristianismo, habría que hablar también de las guerras de religión o del obstáculo que ha constituido la Iglesia en un momento dado para el desarrollo de la idea de Europa. Pero, insisto, no se pretende escribir un texto de polémica, sino un tratado constitucional. Y si la idea de Europa debe ser una idea laica, no mencionemos ni esta fuente, ni la aristotélica, ni la árabe. Un tratado no es una enciclopedia del saber ni una visión del pasado; un tratado es un instrumento de trabajo práctico para funcionar. La ausencia de la referencia cristiana no impide en nada que se aborden los problemas del laicismo o de las religiones en Europa de una forma correcta y concreta, no sectaria. Estoy de acuerdo en qué históricamente e ideológicamente, en ensayos y en coloquios, no resulta posible no mencionar lo que de positivo, pero también de negativo —guerras de religión, Inquisición, etc.—, ha tenido el cristianismo. Pero no en un tratado europeo. Lo de esta mención me parece un pretexto que oculta otras cosas. El que pone en primer término el «usted no menciona...», en el fondo está pensando que esta Europa no le gusta, pero por otras muchas razones, aunque ponga por delante la razón religiosa.

*Permíteme que te pregunte por el caso español. ¿Cuál es tu opinión sobre los cambios que se han producido en los últimos años, entre 2000 y 2004 —segunda legislatura de José María Aznar e inicios del mandato de José Luis Rodríguez Zapatero—, en las relaciones entre España y países como Francia, Alemania o Estados Unidos?*

■ **Yo creo**, sin entrar en los detalles y sin ánimo de hacer polémica, que el cambio de

orientación en política internacional que se produce a lo largo —y se va acentuando, por razones exteriores a España, como es la intervención en Irak— de los dos mandatos de Aznar es un error. Es no solamente una ruptura con la tradición inmediata de la democracia española, de Felipe González y de antes, sino que además no está ni en el programa electoral. Es un añadido por circunstancias concretas. España, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre problemas concretos —tratado de Niza o tratado posterior, por ejem-



plo—, necesita no sólo mantener sino desarrollar su papel en Europa. España debe partir de un análisis de su situación en el mundo, que es muy peculiar. Existe la vertiente hacia Europa, que es fundamental. España es además el país más próximo al Magreb, al norte de África, y con una larga historia compartida con el mundo musulmán, con relaciones complejas y de todo tipo (intercambio cultural, económico, de guerra y cruzada). Algunos de los mayores monumentos de la cultura arquitectónica árabe están en España. En Córdoba podríamos hacer, por ejemplo, un seminario cada seis meses sobre los aspectos de la relación del mundo occidental con el islamismo y con el judaísmo. Y en Córdoba tenemos esa mezzquita, en el centro de la cual instaló la potencia católica española una pseudo-catedral. Hay tema para hacer cursos y seminarios durante



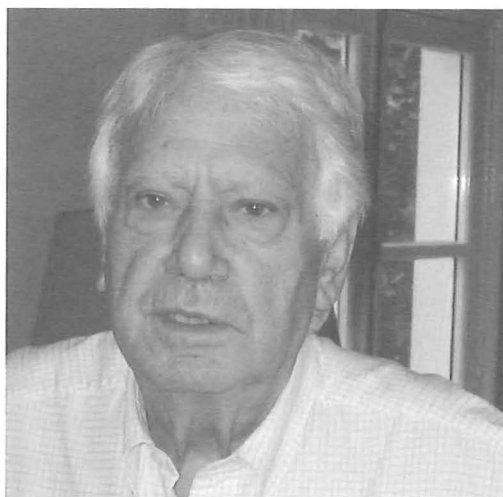


*España debe partir de un análisis de su situación en el mundo, que es muy peculiar.*

mucho tiempo... España tiene, así pues, relaciones con Europa, con el mundo árabe más cercano y, también, con el mundo americano. Ahora ya podemos decir no sólo latino o sudamericano, sino americano. El español es, con el inglés y aparte del inglés, el único idioma intercontinental que prospera y se desarrolla. No sólo por razones demográficas, sino también por razones culturales. No aumenta la población española en Alemania, pero sí aumenta el uso del español como segunda o tercera lengua. Existen, por tanto, una serie de fenómenos que hay que tener en cuenta y que no se pueden achatar y allanar en función de una alianza privilegiada con Estados Unidos. Eso es absurdo. Se puede concebir que en un momento dado aparezca una jugada política hábil, necesaria e, incluso, positiva. Se puede pensar que era necesario estar con Estados Unidos en la guerra de Irak por una serie de razones, que a mí de toda manera me parecen falsas, pero que podrían argumentarse. Pero no se puede construir una teoría para explicarlo. Y la teoría consiste en que España ha estado sometida a Francia durante dos siglos u otras cosas inadmisibles. No es de recibo. Se puede justificar cínicamente —en el buen sentido de la palabra cínico— que la mayoría debe estar con Estados Unidos ya que es la única posibilidad de tal y cual. Pues bien, yo no estoy de acuerdo, pero podemos discutirlo. Pero no puede decirse, cuando se tiene el problema de España con el terrorismo de ETA, esas cosas de Francia. Francia es un aliado absolutamente indispensable. Sin Francia no hubiéramos progresado en esa lucha, en el aspecto policíaco y represivo por lo menos, que es necesario y que en algún caso puede hasta ser esencial. Y con Alemania... La ayuda alemana, la relación entre Alemania y España, fue fundamental para mantenernos a flote, en los primeros años difíciles de la integración europea.

*Pero además, en el caso de Francia, estos cambios se producen en la etapa de Sarkozy como ministro del Interior, en la que las relaciones bilaterales van por buen camino en el terreno del terrorismo...*

■ **Claro.** A mí me parece muy positivo que termine esta época. A condición de que no nos olvidemos de que España es, por fortuna o por desgracia, depende del punto de vista —para mí, por fortuna—, un país europeo muy específico, muy especial, muy singular. La República Checa, por ejemplo, no tiene con el



mundo las relaciones que nosotros tenemos. Con Europa puede tener una relación muy particular y con Francia puede tener una relación compleja por razones históricas (la Francia de Daladier y luego la de Vichy abandonó —y todavía se recuerda en Europa central— aquella zona del mundo, traicionando las obligaciones que tenía para defender a Checoslovaquia en Munich). Pero nuestra relación es muy diferente. Tenemos que reforzar nuestro papel en Europa. ¿Quién recibe —es un síntoma negativo, complicado, y a veces hasta trágico— las pateras? Estamos ahí, en esa frontera. Y, por el contrario, ¿quién ve que su idioma progresa?, ¿quién tiene esa relación cultural, compleja, a veces contradictoria, pero que existe, es viva y evoluciona, con América del Sur y, ahora, también del Norte? Ningún otro país de Europa más que nosotros. Y eso es un gran tesoro.

*En relación con esas relaciones privilegiadas de España con América, quisiera preguntarte por una cuestión que sé positivamente que te preocupa. A veces tengo la sensación de que España, y Europa en general, se preocupan poco del caso de la dictadura cubana. Últimamente tú te has movilizado en ese sentido. ¿Cuál crees que debe ser el papel de España y de Europa como entidad construida, en el caso que deban tener alguno, para forzar una salida democrática para Cuba?*

■ **Éste es** uno de los temas, quizás el tema, que me provoca más inquietud. El cambio de mayoría y el cambio de gobierno, y asimismo el cambio de estrategia política internacional, que me parecen positivos, no deberían provocar una vuelta a una política radicalmente diferente, simplemente por oposición a la política de Aznar, que fue de mucha hostilidad con la Cuba de Castro y con Castro. Yo creo que la misión de España en Cuba es muy importante, ya que debe conciliar cosas que son muy difíciles de conciliar, que parecen contradictorias. Por un lado, una crítica radical y tajante de la dictadura de Castro. Diplomáticamente ésta se formulará de cierta manera, ya que el gobierno no puede formularla como yo la formulé en un mitin en París —la razón de Estado existe y la razón de Estado es también parte de la razón democrática—. El gobierno español debe formular diplomáticamente una oposición tajante a la dictadura de Castro y desmistificarla. No admitir ni siquiera como pretexto ideológico que aquella dictadura es de izquierda. Estamos aquí más allá de derechas e izquierdas. Es una dictadura en la que los presos están mal —Raúl Rivero está muy enfermo en la cárcel— y en la que no hay libertad. Lo que exigimos de Turquía, ¿por qué no vamos a exigirlo a Cuba? Somos tan puntagudos y tan quisquillosos en relación con Turquía, pero ¿no vamos a decir nada de Cuba ya que es tropical o porque hablan español? No, no puede ser. Por otro lado, España debe tener al mismo tiempo una actitud más

activa, más imaginativa, con los riesgos —incluso de fracaso— que eso tiene, para propiciar una solución pacífica para el fin de la dictadura cubana. El fin de la dictadura castrista será el fin de Castro, pero a Fidel Castro le puede suceder el otro Castro, o puede ser un final sangriento que hay que evitar. Nosotros tenemos una experiencia de transiciones en la que se demuestra que hay que utilizar algunas fuerzas del pasado para hacer la transición hacia el futuro. Debemos combinar, así pues, dos cosas que pueden parecer contradictorias, una crítica radical de la dictadura castrista y una ayuda a algunas fuerzas que existen ya y a otras que podrían existir. Eso es lo que le faltaba a Aznar, que al mismo tiempo que criticaba a Castro apoyaba a Bush, y ayudar a una solución pacífica significa oponerse a la política de Bush. Hay que evitar el embargo y luchar contra todas esas medidas americanas que son nefastas para la vida en Cuba e, incluso, para la oposición. Esto es, hay que ser a la vez enemigo radical y adversario diplomático de la configuración totalitaria del Estado cubano, y ayudar a una solución pacífica. Y eso exige oponerse a la política de Bush. Todo eso debería resultar bastante fácil. Tengo, sin embargo, algún punto de inquietud, por algunas pequeñas cosas que he visto últimamente, como lo expresado por una delegación de juventudes socialistas que estuvo en Cuba. Claro que cualquier delegación puede decir que han estado bien: les tratan fabulosamente, les llevan a los mejores hoteles, van a las piscinas, etc., y vuelven diciendo que aquello está muy bien. ¡Pero, por favor, estos viajes ya los hemos visto antes! Existe una larga tradición del viaje político-turístico, sobre todo a los antiguos países del Este.

*Supongo que no han leído a Gide...*

■ **Seguro que no.**

*Me parece que en el caso de Cuba se mantienen bastantes prejuicios izquierdosos. Elementos*



que han llegado a reconocerse para el caso del totalitarismo soviético, no se reconocen para Cuba, como si fuese otra cosa.

■ **Lo interesante** del estudio de la revolución cubana y de su desarrollo es precisamente que la especificidad de Cuba al comienzo se ha transformado, se ha olvidado. Para acercarse al modelo totalitario de origen soviético, Castro creó un partido comunista que no necesitaba para hacer la revolución. Esta es una paradoja única en la historia. La justificación del partido comunista es precisamente haber sido inventado para hacer la revolución. Y ese es un poco el prestigio del comunismo. Ahora que en Europa occidental ya no está al orden del día la revolución leninista, los partidos comunistas casi han desaparecido, a veces por descomposición interna. No existe ya la necesidad histórica. Pero Castro, que ha hecho la revolución sin partido y a veces al margen y contra el partido, lo ha acabado reconstruyendo y reinventando para mantenerse en el poder. Es un caso único en la historia, pero muy sintomático. Reconstruye el partido para reforzar su poder, que, aunque muy personal —más personal que el de Stalin incluso—, está basado en una teoría del poder, que es la estalinista y totalitaria. Los que dicen que eso es de izquierdas y que la revolución cubana tiene un pasado tan brillante y emocionante deberían reflexionar un poco sobre todas estas cosas. Si se quiere hacer un análisis de lo que es el funcionamiento estalinista de un partido, hay que coger el discurso de Fidel Castro en el I Congreso de constitución del Partido Comunista Cubano. Nunca se han dicho tantas barbaridades sobre lo que es el partido. De hecho, cuando Fidel Castro está hablando del partido, está pensando en su poder propio. También lo hacían Stalin y otros dictadores por el estilo. Siempre hay un pensamiento correcto que apoya al líder. Por lo tanto, en definitiva, adversarios absolutamente rotundos de la dictadura de

Castro, y adversarios frente a toda solución violenta, de invasiones y demás, lo que implica una crítica constante de la política de Bush en tanto que nefasta para los cubanos. Y eso significa también distanciarse de la política de Aznar, no solamente restableciendo algunas relaciones. Hay que tener relaciones con Cuba, claro que sí, y hay que utilizarlas bien para hacer cosas. Unos servicios culturales y una embajada pueden servir también para trabajar a favor de la democracia.

*Cambiamos un poco de tema. Al hablar de la identidad europea, tú comentabas que ésta se basaba esencialmente en la libertad —libertad de pensamiento, libertad de mercado— y en la diversidad.*

■ **Sí, podríamos** formularlo así de forma esquemática. Yo creo que la identidad europea se basa en esa tradición político-cultural de crítica y de libertad, cuyos orígenes pueden buscarse lejos. Husserl otorga un predominio absoluto, a mi modo de ver exageradísimo, a la tradición de la filosofía griega, a la razón crítica, pero se olvida de muchos aportes a Europa como son los del cristianismo, del judeocristianismo, los aportes romanos, árabes y otros. Pero dejemos ahora esta discusión. Además de ese núcleo de valores político-culturales, hay otro elemento que debería hacer reflexionar a los críticos sistemáticos del mercado, esos que sostienen que el mercado es el enemigo y otras simpáticas barbaridades que ahora se dicen tanto. El mundo no es una mercancía, dicen. El gran invento europeo, desde los padres de la economía política inglesa hasta Marx, es el mercado. El mercado, no para ser admitido evidentemente como Dios de la historia, pero sí como válido en tanto que un motor de la historia, con sus aspectos positivos y negativos, pero realmente indispensable. José María Maravall escribió, en uno de sus múltiples trabajos como politólogo, que se puede afirmar que aunque haya países de tipo

*La identidad europea se basa en una tradición de crítica y de libertad.*



totalitario o autoritario que funcionen o hayan funcionado con economía de mercado —por ejemplo, el Chile de Pinochet—, no hay ningún país realmente democrático, con libertades, que funcione sin ese mercado. Ese es el gran invento europeo. Bueno, eso es un primer paso, evidentemente, y significa muchas cosas que habría que discutir. Es evidente que el mercado es al mismo tiempo base de la libertad y base de la polarización, o sea del monopolio. Si no hay mercado no hay monopolio, o sólo hay un monopolio estatal. Es evidente que hay que introducir correcciones, pero hay que hacerlo sin destruirlo. Si destruimos el mercado, destruimos libertades. Claro que eso puede tener una versión ideológico-metafísica en la que el mercado es el Dios absoluto. Pero no, la mano invisible no existe. Las manos tienen que ser visibles; son las manos de los ciudadanos. Pero sin el mercado... Lo europeo es todo eso. De ahí que pueda ser «europea» una sociedad en Argentina. Ahí está la clave de las relaciones entre Europa y el resto del mundo, que se basan en un proyecto común y en una historia común.

*La identidad europea, ¿cómo se consolida, cómo se refuerza? ¿Con cultura, como tú mismo decías en la Feria del Libro de Madrid?*

■ **Con cultura**, pero, afortunadamente, no sólo con eso, sino también con mercado único, con moneda única, etc. Pero en este momento me parece que necesitamos insistir particularmente en los aspectos culturales. Contra todos los pronósticos catastrofistas de algunos —ahora claros partidarios del No— en el sentido de que nadie querría abandonar el marco, la peseta o el franco, hoy a los jóvenes les importa un comino abandonar el marco, la peseta o el franco. Y si Gran Bretaña no lo ha hecho, no es por el prestigio de la libra esterlina, sino por razones mucho más prosaicas. Por eso digo que Europa se practica. A mí me pa-

rece que la práctica juvenil europea existe ya. Lo que no existe quizá es, en la clase política, la voluntad de desarrollarla. Por eso ahora tenemos que insistir en lo cultural. Insistir en todos los aspectos de esa diversidad. La expresión excepción cultural ha evolucionado. A veces algunos dicen que es la cultura fuera del mercado, por ejemplo. Pero eso es absurdo. La excepción cultural es una expresión muy concreta que surgió en la Comisión Europea, en el momento en el que yo era ministro de Cultura. Si no recuerdo mal, la primera vez que hubo oposición a ciertas directivas europeas, ésta provino de Jack Lang y yo mismo en un consejo de ministros de Cultura en Europa, ya que pretendían introducir, cuando se aplicase la directiva de libre circulación de bienes, mercancías y personas, la misma libertad para las máquinas de coser y para los libros. Pero el libro o la obra de arte no circulan como una máquina de coser, son un bien específico. Hay muchas razones para decir que son un bien específico, pero una es clarísima y es que el valor de una obra de arte —sea una talla de madera en una capilla toledana, sea un Picasso— no se mide como se mide el valor de una máquina de coser. La producción de valor no es la misma. El elemento que hace que un dibujo de Picasso hecho en un mantel de papel después de una comida tenga un valor comercial no se explica por los mecanismos que tantos, Marx incluido, han aplicado para explicar la producción de valor, añadido o no. Eso funciona de otra manera. Este hecho económico deja al margen toda posibilidad de uniformizar la circulación de bienes, culturales o no. Con ello no quiero decir que la cultura está al margen de todo y que deba tener un tratamiento proteccionista de los estados. Significa que hay que atenderla de una forma diferente y significa que hay que impedir que esté, en las directivas de la Organi-



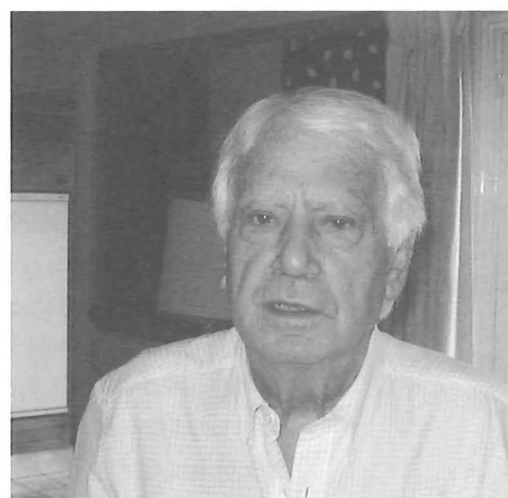
*La cultura exclusiva del Estado es la que ha fracasado.*

zación Mundial del Comercio, en el mismo nivel que las máquinas de coser. (Y que conste que no tengo nada contra las máquinas de coser, todo lo contrario). La relación del mercado con la cultura y el arte es muy complicada. No se trata de apartar a la cultura de su relación con el mercado. No. Hace tiempo asistí en París a una discusión cuyo lema era «La culture n'est pas à vendre» (La cultura no está en venta), y yo dije que eso por fortuna era falso. La cultura, por fortuna, se vende y se compra, si no sería únicamente cultura del Estado. Y la cultura exclusiva del Estado es la que ha fracasado, como sabemos, en todos los sistemas totalitarios o autoritarios.

*Vinculado con la diversidad europea, está el tema de las lenguas. ¿Cómo ves, en el panorama de la construcción europea, la cuestión lingüística?*

■ **En la práctica**, el hecho de que un libro esté escrito en un idioma muy minoritario, no implica que no pueda ser un libro mundialmente conocido. Kundera empezó a ser conocido por cosas escritas en checo. En Europa se traduce bastante, afortunadamente. No se necesita hablar la lengua dominante para ser un gran escritor y para ser conocido en el mundo. Se puede escribir en catalán y ser un escritor universal. Tal vez, para no decir seguramente, los que hayan leído ese libro hipotético en catalán lo hayan hecho en español o en inglés, pero está escrito en catalán y vehicula los valores literarios del catalán. Podemos imaginar que el día de mañana un escritor catalán puede ser Premio Nobel de Literatura. En Suecia quizá lo habrán leído en inglés o en otro idioma, y no seguramente en catalán. Esa diversidad hay que mantenerla. Y existen ya algunos instrumentos en Europa que permiten esa circulación de obras de lenguas minoritarias pero culturalmente fuertes. Y, luego, no hay que obsecarse con el inglés. El hecho de que haya una lengua dominante

—el inglés— en el nivel de los intercambios, y no solamente de los intercambios comerciales, sino también culturales y de comunicación, me parece tan lógico que no merece la pena hacer ninguna batalla contra molinos de viento. De todas maneras, hay que tener en cuenta que el inglés de ese idioma universal no es el inglés literario, sino el inglés básico, reducido a muy pocos vocablos. Me parece normal, a condición de que mantengamos la posibilidad de que los idiomas minoritarios, pero literarios, estén ahí. A mi todo eso no



me preocupa si mantenemos la necesidad de que Europa como entidad cultural colectiva atienda a la persistencia y a la pervivencia de todas las lenguas literarias.

*¿Cuál es el futuro del francés en este panorama?*

■ **Respecto al francés** hay que ser realista. No puede ser ya, ni volverá a ser nunca, lo que fue. Esto es, la lengua de los jefes de Estado, de los filósofos, de la conversación, de los salones, de la diplomacia, etc. Eso ya ha pasado. Pero el francés, y por ahí habría que abordar su defensa —en el buen sentido de la palabra—, sigue siendo un idioma de expresión adoptado literariamente —y yo soy un ejemplo de que el francés se puede adoptar, ya que satisface plenamente a uno que quiere escribir— por

*Para mí la patria es el lenguaje, por encima o por debajo de la lengua.*

mucha gente. En África del Norte, por ejemplo. Incluso ahí hemos asistido a un fenómeno muy interesante: contra la pretensión de arabización de la enseñanza, vuelve ahora la enseñanza del francés. Conozco a un joven escritor argelino que dice que el francés ha sido para él la lengua de la liberación, ya que lo que en árabe podía decir y oír era todo lo contrario de la democracia. Para él escribir en francés no ha sido solamente un acto de disidencia, sino de construcción de su propia personalidad como demócrata de origen musulmán. Quizá lo peor, en el tema del francés, es la crispación, la voluntad de mantenerlo como lengua imperial. El caso de algunos académicos franceses resulta casi irrisorio. Aunque Francia no sea ya una gran potencia económico-militar, sigue siendo una gran potencia en buena parte por el idioma, que atrae y que crea un tipo de cultura muy específicamente racional y lírica a la vez. El francés no debe ser un idioma imperial, sino de diversidad e intercambio cultural.

*Me parece, conociéndote algo y siendo un lector asiduo de tus obras –en las que el paso de una lengua a la otra (francés, español, alemán, en especial) tiene lugar de una forma admirablemente natural–, que en el fondo estás pensando en una Europa en la que la gente pueda ser bilingüe o trilingüe...*

■ **Sí, claro.** Todo europeo, además de su idioma propio, debería conocer bien, por lo menos, otro idioma. Por eso yo siempre envidio la suerte de los que por necesidad son bilingües. Como los catalanes, por ejemplo.

*Yo introduciría, sin embargo, un problema. Me parece que existen en la actualidad resistencias, no solamente por parte de algunos de aquellos que hablan las grandes lenguas, sean el inglés, el francés o el español, sino también desde algunas zonas con lenguas mino-*

*ritarias, como el catalán, que tu citabas antes, en las que a partir de una sacralización de la propia lengua –en detrimento de su función esencialmente comunicativa– se generan trabas a un posible y fácil bilingüismo o trilingüismo (en el caso de Cataluña, para seguir con este ejemplo, entre catalán, español e inglés o francés).*

■ **Esta última** tendencia que evocas con razón me parece negativa. Pero yo espero que eso pueda cambiar en el futuro, ya que se está desperdiciando una gran ocasión, y que todo se quede en una simple necesidad, en un momento dado, de autoafirmación. Hay una cosa, por ejemplo, que me llamó hace ya años la atención: en los museos de Cataluña desaparecieron, en un momento dado, los rótulos en castellano para pasar a estar en catalán y en inglés. Eso reduce, por encima de otras consideraciones, el impacto del arte y la cultura catalanas. Todo eso puede y debe evolucionar. Sin embargo, quisiera insistir en la suerte –una suerte increíble– de ser casi naturalmente bilingüe o trilingüe. Y eso hay que mantenerlo, estimulando los elementos de intercambio cultural y lingüístico por encima de todo tipo de cerrazón.

*Todo eso tiene que ver con una cosa que tú has comentado en muchas ocasiones y que me parece fundamental: la relación entre patria, lengua y lenguaje. En las páginas finales de tu última novela, Veinte años y un día, Lorenzo le comenta a Leidson, tras asegurar que ha leído a Faulkner en italiano y el Quijote en alemán: «La patria del escritor no creo que sea la lengua, sino el lenguaje...». Esto es, por otro lado, lo que tu cuentas, en Federico Sánchez se despidió de ustedes, que le contestaste en una ocasión a Javier Solana.*

■ **Para mi la patria** es realmente el lenguaje, por encima o por debajo de la lengua.

